

NOTAS Y COMENTARIOS

LA FILOSOFÍA DEL MEDIOEVO, UNA OSADIA INTELECTUAL

¿Qué interés ofrece para los intelectuales de nuestros días profundizar en los estudios de la filosofía medieval?, porque ¿no es ésta un desarrollo debilitado del pensamiento grecorromano, ya que analiza a los pensadores griegos desde una perspectiva más religiosa y teológica y, por tanto, menos filosófica? Su enfoque teologizante ¿no hace disminuir la calidad filosófica de este período?

Etienne Gilson sabe resolver este tipo de dudas, muy frecuentes en la actualidad, en su libro *El espíritu de la Filosofía Medieval*¹. Compuesto de veinte capítulos, contiene la redacción definitiva de otras tantas conferencias pronunciadas ante alumnos y profesores de filosofía durante las *Gifford Lectures* de la Universidad de Aberdeen en 1931 y 1932.

No es acertada la opinión de quienes sostienen que el Medioevo supuso un vacío filosófico de diez siglos entre dos etapas —el mundo griego y la era moderna— de auténtico desarrollo intelectual, basados en una Filosofía libre de prejuicios religiosos. Por el contrario, a la luz de la Revelación cristiana, se desarrolló en ese período no sólo una genuina filosofía sino un positivo salto de calidad respecto a los más brillantes hallazgos del pensamiento clásico.

En el siglo II encontramos ya al primer filósofo cristiano. De familia y formación paganas, San Justino descubrió desde joven su vocación a la filosofía. El mismo nos relata su aleccionador itinerario en búsqueda de una doctrina que conduzca a la verdad. Tras ponerse en contacto con platónicos, pitagóricos, estoicos y aristotélicos, se encontró con un cristiano que le dio a conocer a los Profetas y a Jesucristo. Y “reflexionando a solas en esas palabras, encontré que esa filosofía era la única segura y provechosa. He aquí —exclama San Justino— cómo y por qué soy filósofo”.

“Llamo, pues, filosofía cristiana a toda filosofía que, aun cuando haga la distinción formal de los dos órdenes —el natural y el sobrenatural—, considere la revelación cristiana como un auxiliar indispensable de la razón” (p. 41). Importantes fuentes para el desarrollo filosófico han sido los libros inspirados —Antiguo y Nuevo Testamento— que han encontrado en la Edad Media latina su más eficaz testigo. “Una filosofía puede invocar una revelación y ser falsa, pero no porque en ella se inspire, sino porque es una mala filosofía: los errores de Malebranche, tan profunda y auténticamente cristiano, serían buen ejemplo de ello; pero una filosofía puede inspirarse en una revelación y ser verdadera, y, si es verdadera, es porque es una buena filosofía” (p. 372).

¹ Ed. Rialp, Madrid, 1979.

Gilson adopta una perspectiva histórica para defender su tesis. La filosofía cristiana no nació de la nada. Fueron menester templos griegos y basílicas romanas para que hubiese catedrales; sin embargo, sea cual sea la deuda de los arquitectos medievales hacia sus predecesores, se diferencian de ellos. Y el espíritu nuevo que les permitió desarrollar su actividad creadora fue el mismo en que se inspiraron con ellos los filósofos de su tiempo.

Pero la arquitectura y las artes plásticas existieron casi desde siempre en las viejas culturas de la humanidad. Por otro lado, al mundo clásico se le debe la creación de la filosofía, la utilización del método racional para investigar en los enigmas de la naturaleza y en el sentido de nuestra existencia.

De igual modo que para los primeros cristianos también a los medievales les correspondió cargar con la doble responsabilidad de mantener una filosofía de la naturaleza, y edificar una teología de lo sobrenatural, integrando la primera a la segunda en forma coherente. En ningún momento pensaron que ambas ciencias eran incompatibles. Lo único que debía hacerse era probar; para probar era indispensable partir de la única filosofía conocida, la de los griegos, y al mismo tiempo era imposible mantenerse en ella. "Los Padres de la Iglesia y los filósofos de la Edad Media arrancaron de ella, pues, en los dos sentidos del término; para ellos Platón y Aristóteles fueron aquellos de que se parte y de lo cual, al partir, se separa, pero también fueron aquello de lo cual, al dejarlo, se lleva consigo" (p. 385).

Por estos motivos se puede afirmar con plena certeza que la filosofía cristiana supera con creces a la de sus predecesores. Se confirma como irreversible el balbuceante monoteísmo de los antiguos. Más aún, al entender a Dios como Ser Subsistente (leemos en la Biblia que Dios se define a Sí mismo como *Yo soy el que soy*) se consigue ampliar la profundidad metafísica de nociones aristotélicas como la de acto y potencia o Primer Motor Inmóvil, de tal forma que se originan nuevos conceptos, como la distinción de *esencia* y *acto de ser*, que penetran más a fondo en la explicación de la realidad.

"Donde el pensamiento griego tolera una indeterminación que se explica por una falta de racionalidad, la filosofía cristiana restringe el determinismo natural reduciendo a las leyes de una razón superior el aparente desorden de la naturaleza. Pero lo contrario no es menos cierto. Donde el pensamiento griego admite una necesidad antirracional, la filosofía cristiana quiebra esa necesidad porque es irracional. Con el mismo movimiento con que somete a leyes a la causalidad, descarga a la naturaleza del Destino, pues todo tiene una razón suficiente, pero no puede ser precisamente sino una Razón" (p. 339).

Mediante sus estudios acerca de la Creación, los filósofos medievales solucionan de modo mucho más satisfactorio que los antiguos el problema del origen de las cosas. Los seres proceden, para los griegos, de un algo misterioso, a la vez material y divino (el agua, el aire, lo indeterminado, el fuego), o bien de algo absolutamente material (los átomos), o bien de la divinidad misma por emanación. Este confusionismo se clausura cuando, aceptada la doctrina cristiana, se ponen en juego los conceptos griegos de causalidad y participación para explicar racionalmente la Creación desde la nada.

Podrían multiplicarse los ejemplos extrayéndolos sin dificultad de las veinte lecciones de Gilson acerca de la antropología cristiana, el amor y su objeto,

el socratismo cristiano, la libertad, la naturaleza, la historia, etc. Pero conviene centrarse en el punto clave de su análisis histórico: de dónde y cuándo surgieron las concepciones negativas acerca del pensamiento medieval.

En contra de lo que quizá sea la opinión más generalizada hoy en día, tales objeciones no nacieron del Racionalismo ni del Positivismo, sino que su fuente resultó ser de carácter religioso, heredada después por corrientes filosóficas modernas. Concretamente fue Lutero y, con él, los reformadores quienes adoptando la actitud contraria a la de aquel San Justino y, con él, los primeros cristianos, no supieron entender la relación existente entre el orden natural y el sobrenatural.

Del mismo modo que la gracia, según Lutero, no sana la corrompida naturaleza humana, tampoco las enseñanzas del Evangelio, de suyo nada filosóficas, son capaces de influir en la evolución del pensamiento humano. Y si ha habido cristianos que han hecho filosofía, es indicio de corrupción, esto es, paganización de la Iglesia. "Para Lutero, todos los filósofos y teólogos medievales son paganos que creen que el pecado original dejó subsistir la naturaleza y que, una vez restablecida por la gracia, vuelve a ser capaz de obrar, de progresar, de merecer. San Buenaventura y Santo Tomás hubiesen quedado algo sorprendidos al oír que los trataban de paganos, pero hubieran aceptado todo lo demás, y, desde el momento en que se comprende ese punto, la existencia de una filosofía medieval aparece tan natural como debía parecerle su condenación al iniciador de la Reforma" (p. 384).

Y Gilson concluye. "¿Qué hay, pues, en la actitud de los maestros medievales, que nos ofenda o moleste? Nada, quizá, sino su molesta docilidad para instruirse en la filosofía antes de trabajar en su progreso... Creyeron que la filosofía no podía ser la obra de un hombre, cualquiera sea su genio, sino que, como la ciencia, progresa por la paciente colaboración de las generaciones que se suceden, cada una de las cuales se apoya en la precedente, para excederla. Somos —decía Bernardo de Chartres— como enanos sentados sobre hombros de gigantes. De modo que vemos más cosas que los Antiguos, y más lejanas, pero ello no se debe ni a la agudeza de nuestra vista, ni a nuestra estatura, sino a que nos llevan y nos alzan con su gigantesca altura".

ALBERTO VICIANO